

La fuerza de la debilidad

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte»

«Mi gracia te es suficiente; porque mi poder se perfecciona en la debilidad»

El apóstol Pablo se vio afectado por un «aguijón», esto es, una forma de sufrimiento prolongado, intenso y que limitaba su ministerio. No sabemos con exactitud qué era esta espina, aunque todo apunta a una enfermedad crónica, posiblemente relacionada con la vista. En este escrito no vamos a centrarnos en el *qué* del aguijón, sino en *cómo* lo afrontó el apóstol, en especial cómo consiguió encontrar fuerzas en medio de su situación de sufrimiento.

La primera reacción de Pablo fue lógica y natural: le pide al Señor que le quite el aguijón. Ante una situación de sufrimiento es legítimo pedir que Dios lo elimine si es su voluntad. Hasta el Señor Jesús mismo pidió al Padre que «si es posible, pase esta copa de mi, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Pablo oró «tres veces», expresión que no hay que tomar de forma literal sino que más bien significa «numerosas veces» tal como apuntan muchos comentaristas. Sin embargo, la respuesta a esta oración ferviente y prolongada no es la liberación, sino la provisión de lo necesario para vivir con gozo su situación de sufrimiento crónico. *¡Dios no le quita, le da!* Esta idea es esencial para comprender cómo ve Dios nuestros aguijones. Para nosotros la «solución» consiste en eliminar el problema. La visión de Dios, sin embargo, es muy distinta: para él lo más importante no es la ausencia de sufrimiento, sino su presencia en medio de este sufrimiento y los recursos que tal presencia conlleva. ¿Cuáles son estos recursos?

La respuesta viene en dos frases, cada una de las cuales alude a sendos recursos para aceptar el aguijón: la gracia y el poder. De hecho, ambas están íntimamente relacionadas porque el poder -o fortaleza- es una consecuencia de la gracia. Observemos, ante todo, el énfasis del texto en el *origen divino* de ambos recursos. Lo que en español aparece como un simple adjetivo posesivo «mi», en el original es un genitivo cuya traducción literal sería: «el poder de mí» y la «gracia de mí», estructura gramatical que busca resaltar su procedencia. Este énfasis confirma nuestro argumento: hay unos recursos que trascienden la capacidad del ser humano, van más allá de cualquier técnica psicológica o de medidas sociales. Son los recursos que vienen de Dios y que sólo se consiguen a través de una experiencia espiritual.

Gracia: «Mi gracia te es suficiente»

Estamos ante una de las frases más luminosas de toda la Biblia. Esta afirmación, tan breve como poderosa, ha sido fuente de consuelo a miles de creyentes afligidos por debilidades y pruebas. Ahí tenemos el meollo de la lucha contra el aguijón. Ésta era la lección fundamental que Pablo necesitaba aprender. La palabra «gracia» se alza majestuosa en medio del pasaje cual clímax insuperable. Estamos aquí tocando la cúspide de la montaña. El sufrimiento crónico es un largo camino, tortuoso a veces, difícil. Pero ahora tenemos ante nuestros ojos el final del trayecto: «mi gracia», esta gracia que no es un frío concepto teológico, sino el poder de Dios operando de formas muy concretas en la persona y en sus circunstancias. La gracia nos lleva ante la majestad misma de Dios porque, como escribió Tomás de Aquino en la *Summa Theologica*, «la gracia es, ni más ni menos, que un cierto principio de gloria en nosotros».

Cabe preguntarse por qué Dios le responde a Pablo de forma tan escueta. ¿Qué pueden hacer cinco palabras ante tantos años de lucha interior, de sufrimiento inexplicable? Parece legítimo deducir que Dios, con su rotunda brevedad, quiere enfatizar que hay *un solo* camino para la victoria final ante el aguijón. Podemos parafrasear la frase de Jesús a Marta y aplicarla a la gracia: «afanado y turbado estás por el aguijón, pero *una sola cosa* es necesaria. Te basta mi gracia».

¿Qué significa, entonces, esta expresión «mi gracia te es suficiente»? Y, sobre todo, ¿cómo influye en la aceptación del aguijón? Tal como señalan algunos comentaristas, la palabra gracia aquí alude a «la ayuda del Espíritu Santo que viene como parte del favor inmerecido de Dios». Así pues, no estamos sólo ante el precioso don de Dios que un día nos salvó -la gracia salvífica-, sino ante el inmenso caudal de ayuda práctica que Dios nos proporciona cada día. *La gracia es el conjunto de recursos sobrenaturales que vienen de Dios gratuitamente y que nos permiten luchar contra el aguijón con un poder divino.* Ahí radica la diferencia esencial entre la persona creyente y la no creyente al afrontar el sufrimiento: en sus recursos. La situación de aguijón puede ser la misma, pero el creyente tiene unos medios de los que carece la persona sin una fe personal en Dios. Más adelante consideraremos estos valiosos instrumentos que la gracia contiene.

¿En qué sentido la gracia es *suficiente*? Pablo recibe justo lo necesario para que la aceptación sea «de buena gana» (2 Co. 12:9) y «con gozo» (2 Co. 12:10). No se trata de *soportar* el aguijón o de *sobrevivir* en medio de la prueba. Esta actitud *no es suficiente*. Mal asunto cuando aceptamos las espinas a regañadientes, sólo porque no hay más remedio. Dios no quiere esta aceptación forzada más cercana a la resignación estoica. El nivel de suficiencia que Dios pide es mucho más alto: Él no quiere hijos «gruñones», sino «más que vencedores» en expresión memorable de Pablo (Ro. 8:37).

Poder: «Porque mi poder se perfecciona en la debilidad»

La segunda frase viene introducida con un «porque». Se trata de una explicación que amplía la afirmación anterior. Probablemente Pablo -hombre que ya antes había sido transformado por la gracia divina en otras facetas de su vida- no necesitaba esta aclaración, ¡pero nosotros sí! El Señor no se limita a decirle que se conforme con su gracia, como si fuera una orden. La frase no está en imperativo: «te ordeno que...». Dios no es un déspota autoritario. Cual padre que busca no sólo consolar, sino también convencer, le ofrece un argumento poderoso. La persona en lucha con su aguijón necesita explicaciones que son imprescindibles para una aceptación genuina. Por ello la exhortación va acompañada de una explicación convincente: «mi poder se perfecciona en la debilidad». Aquí radica el secreto que nos ayuda a entender por qué la gracia de Dios nos basta. No es sorprendente que este pasaje se haya convertido en escudero inseparable y fuente de inspiración permanente para todos los que sufrimos a causa de un aguijón.

La gran paradoja: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte»

Por pura lógica, una debilidad es un obstáculo para cualquiera, una limitación. Así concebía Pablo su aguijón al principio. La lección que el apóstol debe aprender ahora es que Dios piensa exactamente al revés. No se trata sólo de que la espina no estorba al Todopoderoso, sino que precisamente es ahí -en la debilidad- donde el Señor puede manifestar su poder. Y aún es más, este poder divino se perfecciona, se hace «completo», en esta debilidad. Por ello Pablo afirma: «...por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Co. 12:9).

Nos ayuda a entender esta paradoja una ilustración que Jesús mismo utilizó. Él dijo de sí mismo «yo soy la luz del mundo... la luz en las tinieblas resplandece» (Jn. 8:12; 1:5). La luz de Cristo puede brillar con mucha más intensidad en mis momentos de oscuridad, en la penumbra del dolor. Es en «la noche oscura del alma», expresión usada por Juan de la Cruz y otros místicos españoles, que empezamos a comprender esta gran paradoja: en el túnel sombrío de mi aguijón -cuando soy débil- la luz de Cristo alcanza su máximo fulgor porque nada la enmascara. Entonces soy fuerte porque cuanto mayor es la oscuridad, tanto más brilla su luz.

En realidad, esta idea apunta a un tema trascendental que va mucho más allá del problema del aguijón. Contiene un principio vital en la relación del ser humano con su Creador. Un gran obstáculo para acercarse a Dios es sentirse fuerte, autosuficiente. Las fantasías de omnipotencia -el deseo de ser como Dios- han sido una constante en la historia de la humanidad desde que Adán y Eva fueron tentados y cayeron en este pecado de la autosuficiencia. La soberbia, una de las

causas principales de nuestra rebeldía contra Dios, es un gran estorbo para la fe. ¿Por qué? Porque suele acentuarse cuando todo nos va bien en la vida, haciéndonos sentir «muy importantes». Si uno cree que es un semi-dios, entonces no hay lugar para el Dios verdadero en su corazón. Por el contrario, un sentimiento de debilidad, ya sea físico, moral o existencial suele ser terreno abonado para la fe en Dios y para que su poder se manifieste.

Por supuesto, no siempre es así. Encontramos notables ateos que sufrieron mucho, como Nietzsche, atormentado por el aguijón lacerante de una terrible enfermedad que le llevó a la locura. No obstante, detrás de la frase «yo no necesito a Dios» se esconde muchas veces el pecado de la iglesia de Laodicea: la soberbia. «Tú dices, Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; pero no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Ap. 3:17).

¿Concluimos, entonces, que *la fe es sólo para los débiles*? O como decía el mismo Nietzsche, ¿«hay que estar suficientemente enfermo para hacerse cristiano»? Una respuesta completa a este tema escapa al propósito de este artículo. Vamos a intentar resumirla brevemente. Si entendemos por «débiles» a personas con poca capacidad intelectual, de inteligencia pobre, entonces la respuesta es claramente no. Hay ejemplos rutilantes en la Palabra de Dios y en la Historia de hombres y mujeres con un intelecto privilegiado, líderes destacados y brillantes en todas las áreas del conocimiento humano que han tenido una profunda fe en Dios. Pero en otro sentido, sí, la fe es para los débiles, para los que se sienten «pobres» -primera bienaventuranza- al contemplar su pequeñez y su miseria delante de la grandeza y la santidad de Dios. Jesús mismo nos lo aclara de forma rotunda cuando dice: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento» (Lc. 5:31-32). ¿Quiénes son los débiles a los que va dirigido el Evangelio? Los que comprenden que son *pecadores*. Este tipo de debilidad moral y existencial es el reverso del orgullo y la autosuficiencia; es la humildad que tuvo que aprender Pablo precisamente a través de la experiencia del aguijón. El propósito de su espina era prevenir la arrogancia, «para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente» (2 Co. 12:7).

En la práctica, ¿cómo actúa la gracia? En los próximos dos temas vamos a considerar los multiformes tesoros de la gracia en relación con la experiencia del aguijón:

- ◆ Fortaleza renovada: la gracia da fuerzas
- ◆ Cambio: la gracia transforma
- ◆ Madurez: la gracia enseña

Cambio: La gracia transforma

«Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades... »

Uno de los efectos más importantes de la gracia en la vivencia del aguijón es su capacidad para producir cambios en la persona y en la situación. Esta idea la vemos en la frase «mi poder se **perfecciona** en la debilidad» (2 Co. 12:9). El verbo «perfeccionar» (el mismo que encontramos en Fil. 1:6) conlleva un sentido de maduración o crecimiento. Es importante observar la conjunción «*por tanto*», tan pequeña como significativa. Es el vínculo que une la breve respuesta de Dios que consideramos el mes anterior con la reacción de Pablo. Es decir, hay una clara relación de causa a efecto entre esta respuesta y las consecuencias sobre el apóstol. Cuando Dios habla al corazón, algo cambia.

Dios puede cambiar las circunstancias; y ello ciertamente ocurre a veces. Pero sobre todo Dios cambia a las personas. Y cuando esto sucede, incluso estas mismas circunstancias nos parecen distintas, como si de un paisaje nuevo se tratara. Esta fue la experiencia de Pablo. Su aguijón siguió siendo el mismo: el mismo dolor, la misma humillación. Pero algo ha cambiado de forma extraordinaria. En 2 Co. 12:10 el apóstol no parece ser la misma persona que escribe en 2 Co. 12:7. ¿Qué ha ocurrido? La gracia, este multiforme tesoro de recursos divinos, ha operado en Pablo una de sus funciones más propias: la transformación de actitudes.

El Espíritu Santo opera **tres grandes cambios** que configuran una profunda experiencia espiritual.

- ◆ Cambia la óptica: los «prismáticos» de Dios
- ◆ Cambian las actitudes: el aguijón pierde su veneno
- ◆ Cambia la situación: Dios abre caminos en el desierto

Cambia la óptica: Los «prismáticos» de Dios

«Para que la fuerza y el poder de Cristo puedan montar una tienda de campaña sobre mí y morar en mí»

Dios no le quita a Pablo el aguijón, pero sí le quita los pensamientos negativos en relación con el mismo. Recordemos que el propósito de la terapia cognitiva es aprender a pensar positivamente. Para ello, el primer paso consiste en identificar y eliminar los pensamientos negativos. El siguiente paso, sembrar pensamientos positivos, aparece ahora en el texto con claridad. De hecho bastó con un solo pensamiento: «Mi poder se perfecciona en la debilidad». El Señor actuó con Pablo cual psicólogo perfecto.

Este pensamiento va creciendo, cual buena semilla, en la mente de Pablo. Con el tiempo llega el momento de dar fruto; ha asimilado la idea y la hace suya con convicción. Es entonces cuando ocurre un hecho decisivo para la aceptación del aguijón: *cambia su óptica*. Es como si el Señor le diera unas gafas nuevas, o mejor aún, unos prismáticos. Pablo ve la misma realidad, pero desde una óptica totalmente nueva, la lente le ha aumentado su campo de visión hasta límites inaccesibles para él sin la ayuda de los prismáticos. Ahora ve lo que Dios ve; su visión del aguijón se aproxima a la de Dios.

Y nos preguntamos, ¿qué ve Pablo ahora? Para ello, imaginemos el siguiente diálogo entre el apóstol y el Señor:

*Pablo, lo que tú ves como un impedimento, es un instrumento útil en mis manos.
¿En qué forma, Señor? Me cuesta entenderlo.*

El aguijón es una oportunidad para que mi poder repose sobre ti. Lo que tú ves como una maldición, es en realidad una bendición. Yo puedo usar algo malo para bien.

En síntesis, la óptica egocéntrica es cambiada por una óptica cristocéntrica. Antes, cuando Pablo miraba al aguijón, veía a un pobre hombre abrumado por el sufrimiento, una situación injusta e inmerecida. Se sentía desgraciado y quizás olvidado por su Señor. Ésta es la visión que nace de la introspección. Ahora, por el contrario, cada vez que sufre los azotes del aguijón, ve a Cristo y su poder «reposando» sobre él. Una versión traduce la misma idea de una forma más poética: «para que el poder de Cristo pueda montar su tienda de campaña sobre mí». Qué refrescante panorama en medio de la aridez del aguijón. Es la diferencia entre mirar al «sótano» de la vida «o alzar los ojos a las alturas donde está Dios».

Cambian las actitudes: el aguijón pierde su veneno

«Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades...»

De forma natural este cambio de óptica produce un cambio de actitudes. No olvidemos que todo ello arranca de la base de unas fuerzas renovadas. Siguiendo con nuestro diálogo imaginario, ahora Pablo dice:

*Señor, esto es maravilloso; nunca había pensado que para ti todo era tan distinto. Ahora descubro que en mi debilidad está tu oportunidad. Si es así, **de buena gana** llevaré este problema. No sólo no me quejaré, sino que **me gozaré** porque sé que mis limitaciones son la ventana por la que irrumpe la fuerza de tu poder.*

Descubrimos, por lo menos, tres actitudes que han cambiado en Pablo:

Gozo en vez de queja: «por lo cual, por amor a Cristo, me gozo más bien en mis debilidades...» (2 Co. 12:10). Recordemos que el gozo es mucho más profundo que un sentimiento. Es la convicción serena de que «en todas estas cosas somos más que vencedores» porque «nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios en Cristo Jesús» (Ro. 8:37-39).

Sumisión voluntaria en vez de desafío: «por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades» (2 Co. 12:9). La lucha por deshacerse del aguijón deja paso a una sumisión plena a la «copa» que el Señor permite en su vida.

Adoración en vez de autocompasión. Aun cuando en el texto no aparece de forma explícita, la adoración viene implícita en estas actitudes del apóstol que glorifican a Dios. La adoración y la alabanza en la vida del creyente no quedan restringidas a momentos especiales, sino que son inseparables de *toda* su conducta, no son primeramente *actividades* sino *actitudes*.

Con estas actitudes nuevas, Pablo nos demuestra que el aguijón, aunque siga golpeándole de vez en cuando, ha perdido todo su veneno. Porque el mayor peligro del aguijón no estriba en el dolor físico que pueda causar, ni siquiera en sus alteraciones emocionales. Su efecto más devastador consiste en envenenar las actitudes llevando a la persona a la autocompasión, la rebeldía y la amargura. La persistencia de estas actitudes es la que acaba «matando» la ilusión de vivir. Por esta razón, para Dios es mucho más importante eliminar estas actitudes que quitar el aguijón. Pablo ha salido vencedor porque ha eliminado la ponzoña de su aguijón.

Cambia la situación: Dios abre caminos en el desierto

*«He aquí que aquí yo hago cosa nueva;
pronto saldrá a luz...
Abriré camino en el desierto
y ríos en la tierra estéril» (Is. 43:19)*

Hasta ahora hemos visto cómo la gracia transforma a las personas. Pero aun va más lejos que esto; la gracia puede cambiar situaciones y circunstancias. No nos referimos aquí a la adaptación normal que ocurre al final del proceso de ajuste, sino a cambios sobrenaturales operados por el poder de Dios.

La metáfora del desierto y la tierra baldía que el Señor utiliza en Isaías para dar a su pueblo esperanza de un futuro diferente se aplica muy bien a nuestro tema. El aguijón puede continuar largos años, a veces toda la vida como en el caso de Pablo. Pero en medio de esta situación de sequía y aridez, Dios provee oasis refrescantes -«camino en el desierto y ríos en la tierra estéril»- que nos renuevan las fuerzas y nos permiten seguir adelante. En la primera parte del texto la expresión «yo hago cosa nueva» significa literalmente «un renuevo», igual como el árbol en primavera saca los brotes tiernos, llenos de vida, tras un invierno largo y penoso. Al duro invierno le sigue la vida renovada de la primavera, con ilusión y fuerzas nuevas. Con esta doble metáfora, Dios le transmite al pueblo una sólida esperanza de un futuro diferente. Así ocurre también con la persona afligida por el aguijón cuando experimenta la gracia transformadora.

Descubrir esta otra cara del sufrimiento es experimentar que «en todas las cosas Dios obra para el bien de los que le aman» (Ro. 8:28 - NVI). Estamos aquí ante uno de los aspectos más singulares y misteriosos de la gracia, glorioso y difícil de entender al mismo tiempo. Al llegar a este punto pisamos «lugar santo» al que nos acercamos con reverencia y perplejidad a la vez, sin entender muy bien lo que estamos viendo como Moisés en Horeb (Éx. 3:1-5). Pero ahí está, de forma rotunda, la promesa; Pablo no deja lugar para la duda y afirma categórico, «en todas las cosas Dios obra para bien». Quedan, por tanto, incluidas aquí las vivencias de aguijón o cualquier tipo de sufrimiento, tal como después él mismo explica en la exhaustiva lista de Ro. 8:35. De una forma misteriosa y paradójica, el sufrimiento llega a ser un instrumento para que se cumplan propósitos concretos de Dios para nuestra vida.

Llegar a descubrir este «camino en el desierto» - lo bueno en el mal- puede llevar tiempo, a veces mucho tiempo. Pero cuando se consigue, produce un cambio revolucionario en la vivencia del aguijón. En este sentido nunca olvidaré la frase de unos padres que habían tenido un hijo con síndrome de Down: «Al principio se nos cayó el mundo encima, pero después ha sido como un ángel para nosotros, un ángel que Dios nos ha enviado. Antes siempre había discusiones y tensión en nuestro matrimonio. Desde que nació él, su dulzura y su cariño lo hacen imposible».

Madurez: La gracia enseña

«Para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente... para que no me enaltezca sobremanera» (2 Co. 12:7)

Estamos viendo cómo los efectos terapéuticos de la gracia son progresivos e interdependientes igual que los eslabones de una cadena. La fortaleza de la gracia hace posible un cambio profundo de óptica y de actitudes. La renovación de fuerzas y la transformación interior llevan, a su vez, al tercer gran efecto terapéutico: **el aprendizaje de lecciones importantes**. No obstante, debemos clarificar un aspecto importante: no es el aguijón en sí mismo lo que nos hace madurar, sino nuestras reacciones al afrontarlo. No hay una relación directa causa-efecto. Si así fuera, podríamos cometer el grave error de glorificar el sufrimiento *per se* y caer en cierto masoquismo. Quiero reiterar que el sufrimiento es un mal que hemos de combatir con todas nuestras fuerzas en una batalla sin cuartel. No es el aguijón lo que nos ayuda a madurar, crecer o ser creativos, sino nuestras respuestas y actitudes ante él. La manera cómo afrontamos la prueba es lo que determina cuánto beneficio emocional y espiritual vamos a sacar. La misma prueba puede hundirnos o estimularnos. «Los acontecimientos nos dan dolor o alegría, pero el crecimiento viene determinado por nuestra respuesta personal a ambos, por nuestra actitud interior».

El valor pedagógico de la prueba es reconocido no sólo por los creyentes. Destacados especialistas en pedagogía y psicoanálisis ya apuntan desde hace tiempo en esta dirección. Desde Piaget hasta Françoise Dolto, pasando por otros expertos en la materia, nos muestran cómo el niño madura a base de resolver los pequeños problemas que la vida le depara. Aprender a afrontar la adversidad es imprescindible en el proceso de maduración emocional. Hasta tal punto es así que la mejor manera de convertir a una persona en inmadura es ahorrarle los problemas, darle una existencia libre de dificultades. Dostoievsky, en su autobiografía *Memorias del subsuelo*, afirma con un énfasis casi chocante: «El sufrimiento es un requisito imprescindible para aprehender el auténtico sentido de la vida». Las experiencias de aguijón nunca son estériles, siempre contienen un elemento pedagógico que contribuye a nuestra madurez como personas. Haríamos bien en recordar este principio en una sociedad que no le ve ningún sentido ni utilidad al sufrimiento, considerándolo absurdo y abriendo, así, la puerta a la eutanasia y el suicidio.

De la misma forma que nuestra reacción ante los problemas y dificultades estimulan la maduración psicológica, también contribuyen a nuestro crecimiento espiritual. Esta fue la experiencia de Job, resumida en sus memorables palabras: «De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven» (Job. 42:5). Las tribulaciones por las que pasó le permitieron llegar a conocer a Dios de una forma más personal, distinta al conocimiento anterior. En nuestra situación hoy, las pruebas nos ayudan a ser más como Cristo. No olvidemos que las palabras discípulo y disciplina vienen de la misma raíz que significa instruir, enseñar. Debemos enfatizar, no obstante, que el propósito de Dios al permitir la prueba no es castigarnos sino enseñarnos. Así como las piedras brutas extraídas de la cantera necesitan ser talladas y pulidas, nosotros también debemos ser moldeados con miras a parecernos cada día más a Cristo. La enseñanza bíblica al respecto es abundante y muy clara: numerosos pasajes nos hablan del valor purificador y pedagógico del sufrimiento, de las pruebas y de las tentaciones. Dos ejemplos:

«Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (He. 12:11)

«En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra...» (1 P. 1:6-7)

El apóstol Pablo había experimentado en su propia vida este efecto transformador de las pruebas. Sus escritos y su propia vida nos recuerdan que la capacidad para afrontar el sufrimiento sin huir de él es una virtud moral que abre las puertas de nuestra transformación personal interior.

¿Qué tenía que aprender Pablo de su aguijón? Una gran lección en particular: el peligro de la jactancia y la necesidad de permanecer humilde.

Humildad, la lección principal

Tan asumido tenía el apóstol el propósito del aguijón que empieza el pasaje con estas palabras: «para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente... para que no me enaltezca sobremanera» (2 Co. 12:7). Las revelaciones de las que ha hablado en los versículos del 1 al 6 constituían un arma de doble filo: por un lado, eran un privilegio inmenso, algo muy especial que sin duda le ponía por encima de otros creyentes; pero ahí radicaba también el peligro: eran un motivo de orgullo y podían llevarle a la jactancia, un sentimiento de superioridad espiritual muy contrario a la actitud deseada por el Señor. Dios no podía permitir que uno de los pilares de la Iglesia, el apóstol de los gentiles, sucumbiera ante uno de los pecados más arraigados en el corazón humano, el orgullo. Por esta razón, Dios se vale del enorme poder pedagógico del aguijón para enseñarle su error y su potencial pecado.

A veces nosotros nos encontramos en situaciones de riesgo parecidas. En nuestro caso probablemente no se tratará de revelaciones especiales, pero sí de situaciones de bendición, donde -como Pablo- nos sentimos muy privilegiados por el Señor. Ya sea en el campo profesional, material o incluso espiritual, el éxito conlleva inevitablemente un gran peligro: la jactancia, olvidando que «toda buena dádiva y todo don perfecto» proceden de Dios (Stg. 1:17). Es un pecado sutil que a veces incluso se puede revestir de espiritualidad. Ahí radicaba el peligro de Pablo, en la superioridad espiritual. La tentación suele venir en momentos de éxito, cuando las cosas nos van muy bien en la vida.

Por supuesto que no podemos generalizar la situación particular de Pablo y afirmar que todo aguijón siempre tiene como propósito el contener nuestra jactancia. He conocido innumerables personas afligidas por un doloroso aguijón en cuyo origen no había la más mínima sombra de actitudes incorrectas. Pero dicho esto, sí es cierto que el aguijón nos ayuda a ser más realistas en cuanto a nuestras miserias y limitaciones, nos recuerda la enorme fragilidad de nuestra vida. En síntesis, no todos los aguijones nacen de una actitud de jactancia, pero todo aguijón nos ayuda a cultivar la humildad que tanto ama el Señor: «Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu» (Is. 66:2). En Cristo, ciertamente cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Dr. Pablo Martínez Vila

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es una web de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano** en la dirección <http://tienda.pensamientocristiano.com>.

Copyright © 2008, Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los Temas del mes, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)